



PROJECT MUSE®

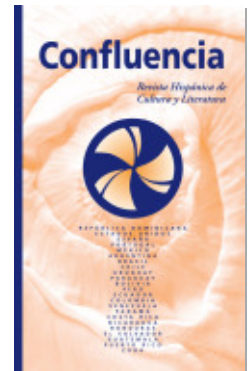
Las “identidades difíciles” bajo sospecha: Construcción discursiva y hermenéutica de Henriette Favez en el siglo XIX

José Ismael Gutiérrez

Confluencia: Revista Hispánica de Cultura y Literatura, Volume 32, Number 1, Fall 2016, pp. 2-12 (Article)

Published by University of Northern Colorado

DOI: <https://doi.org/10.1353/cnf.2016.0027>



➔ *For additional information about this article*

<https://muse.jhu.edu/article/640419>

Las “identidades difíciles” bajo sospecha: construcción discursiva y hermenéutica de Henriette Favez en el siglo XIX

José Ismael Gutiérrez

Universidad de Las Palmas de Gran Canaria

A finales del siglo XVIII y principios del XIX, en Cuba se instaura un período fundacional que será decisivo en la conformación de la sexualidad. En este intervalo temporal, según Sierra Madero, aparecen discursos que desde una sociopolítica sexual se encaminan a ofrecer algunas propuestas teóricas relacionadas con el diseño de la “nación” (69). La sexualidad empieza a ser utilizada para definir y regular las nociones de nacionalidad, capas, estamentos y sectores sociales que articulan la idiosincrasia de un pueblo. Y desde diferentes disciplinas, que adquirirán progresivamente un marcado corte positivista, se activan los dispositivos necesarios que organizan y regulan el control social del sexo a través de instrucciones elaboradas por una élite que se plantea el ordenamiento y la estructuración de una sociedad concebida en términos esencialmente masculinos, donde –mediante un incipiente carácter nacionalista– se exalta en todos los planos la personalidad (masculina) insular completa y los valores de los individuos considerados paradigmáticos, es decir, los varones heterosexuales (Sierra Madero 72). De este modelo de “nación”, de “comunidad imaginada”¹ resultan excluidos, por tanto, las mujeres y los representantes de las minorías sexuales. Ni unas ni otros tienen cabida en la Patria, puesto que de sus actitudes apocadas emana un destello de degeneración que pondría en jaque la entereza “viril” del Estado.²

En este sentido, ya sea como sujeto ajustado a los cánones femeninos al uso, ya como exponente de un género problemático, Henriette Favez³ no hubiese ingresado a la historia de no ser por un vergonzante episodio que la convirtió en materia forense, situándola en contra de su voluntad en el punto de mira de los ideólogos de la nación. La zarpa que la sacó de su anonimato, lo que le dio visibilidad social fue la denuncia interpuesta por una joven guajira que, temiendo verse envuelta en un escándalo público de envergadura, declaró sentirse ultrajada al descubrir que el hombre con el que se había casado no era un varón en el sentido biológico del término. Los hechos, tal como los expuso, constituían una verdad a medias, pues parece muy probable que ya por entonces fuera consciente del auténtico sexo de su “marido”, del que se había separado de mutuo acuerdo. Lo que realmente la precipitó a querellarse ante el Tribunal de Justicia fue el rumor que se fue extendiendo como un reguero de pólvora, y que podía perjudicarla ante la ley, de que el médico que se hacía

llamar Enrique Favez, residente en el pueblo de San Anselmo de los Tiguabos, era una mujer disfrazada de hombre, como ella misma había podido constatar. Las acciones legales que emprendió la demandante, de nombre Juana de León, para solicitar la anulación de su casamiento desembocarían en un proceso judicial que mantuvo en vilo a la sociedad cubana durante varios meses de 1823 y que la literatura posterior, sobre todo la producida en la Isla, reinterpretaría desde distintos ángulos a partir de los presupuestos ideológicos imperantes en esos momentos.

Se sabe que cualquier discurso, incluido el literario, está imbuido de la ideología de la época en que se concibe, del carácter de un territorio específico o del estamento social al que representa. Teun A. van Dijk señala que “las ideologías consisten en representaciones sociales que definen la identidad social de un grupo”, al menos de los que tienen alguna, y que, provistas de una naturaleza general y abstracta, suministran coherencia a los valores de ese grupo, facilitando así su adquisición y su uso en situaciones concretas de la vida (10). Tanto el lingüista neerlandés como los demás miembros de su escuela consideran que el lenguaje es una forma de práctica social y, en consecuencia, analizan cómo la dominación se produce y se resiste en los discursos.

En el presente artículo nos centraremos en el modo estratégico en que el discurso oficial cubano, a lo largo de las décadas que siguieron a los acontecimientos que acabamos de resumir, fue construyendo y reconstruyendo la aventura transfonteriza de Favez en consonancia con los dictados de la mentalidad hegemónica del patriarcado; mentalidad que, lejos de ser exclusiva de cada uno de los autores que se ocuparon del tema, refleja el talante compartido por una gran parte de la sociedad, la cual, por medio de mecanismos (estatales, institucionales, grupales, etc.) y por medio del hábito derivado de la praxis cotidiana, fija los límites que dividen lo aceptable de lo prohibido, la normalidad de la disidencia. Para ejemplificar este proceso histórico de ideologización del que se hacen eco los textos recurriremos principalmente a las obras de Andrés Clemente Vázquez, *Enriqueta Faber, ensayo de novela histórica* (1894), y de Francisco Calcagno, *Don Enriqueto. Novela histórica cubana* (1895) por ser de las primeras que se encargan de valorar las estrategias de fuga de Henriette.⁴

El médico-mujer, como fue conocida, pertenece a esa clase de individuos que, apropiándonos del título de un ensayo del sociólogo franco-alemán Alfred Grosser, podemos denominar “identidades difíciles”, dadas las controversias a que dio lugar entre sus coetáneos. Las suspicacias que despertó estuvieron orientadas, en primer término, a poner en entredicho la autenticidad de su masculinidad genética, cuestión palpitante y necesaria para poder establecer el lugar que le correspondía en las esferas pública y privada. El descubrimiento de su impostura, la imposibilidad de asumir la existencia de categorías híbridas, es lo que acabó de instalar a esta figura transgénero en el centro de un debate jurídico, además de moral, médico y teológico, que, para sopesarlo en su justa medida, habría que encuadrar dentro del sistema de creencias dominante en la primera mitad del siglo XIX, en su mayoría impermeable a cualquier divergencia sexual e identitaria y agenciado de nociones conservadoras acerca del papel social que debían desempeñar las féminas.

El comportamiento homosexual, uno de los cargos que se le imputó enseguida a Henriette, ha figurado durante siglos en los códigos criminales de varios países, entre

ellos Alemania, Inglaterra y España, cuando no ha sido blanco frecuente de ataques por parte de la Iglesia Católica, que no ha transigido jamás con lo tocante a las desviaciones respecto de la heteronormatividad obligatoria, tachadas de antinaturales y pecaminosas a ojos de Dios.⁵ Psicólogos, sexólogos, historiadores y literatos han abordado también la homosexualidad, o mejor dicho, la sodomía o pederastia –ya que la categoría de “homosexual” no nace hasta 1869–,⁶ como una “perversión”, un “vicio” o una “rareza” que hay que abatir drásticamente. Para la concepción popular, la variable femenina de la homosexualidad no ha gozado tampoco de mayores simpatías que la varonil, llegando a causar esta preferencia sexual alternativa una alarma superior por su asociación con estereotipos como hombría, virilidad, carencia de dotes femeninos y porque presupone una renuncia de los roles fundamentales asignados a la mujer: las funciones de madre y esposa. El machismo subyacente a este parecer, aderezado con la homofobia característica de la cultura euroamericana decimonónica, explica el que jueces y letrados descargasen sobre la encausada calificativos como “monstruo”, “criatura infeliz”, “alma desequilibrada” y otros improprios semejantes. Así, después de una serie de interrogatorios que se extendieron durante varios días, a Henriette se le sentenció a cumplir diez años de prisión en la Casa de las Recogidas de La Habana, que luego serían conmutados por cuatro años de servicio en el Hospital de Caridad de Mujeres de San Francisco de Paula por delitos tales como violación del sacramento del matrimonio, consumación de un bautismo en calidad de varón por medio del que abrazó la doctrina católica (ya que era protestante) o abuso sexual depravado contra una persona de su mismo sexo, para lo que habría utilizado un falo artificial. Posteriormente, constantes trifulcas en la penitenciaría, sumadas a diversos intentos de huida y de suicidio, provocaron su deportación a la ciudad de Nueva Orleans, donde le perdemos la pista. El fallo de las autoridades locales contra el médico-mujer, emitido el 19 de junio de 1823 en la ciudad de Santiago de Cuba, donde se celebró el juicio, denota que, si bien en la antigua colonia española las leyes que estaban en vigor no recogiesen expresamente ordenanza alguna referente al amor entre dos mujeres,⁷ la menor indulgencia con los individuos que acusasen inclinaciones eróticas de este tipo quedaba del todo descartada porque, en palabras de José Joaquín Hernández, el primero que se encarga de descodificar los ingredientes de este suceso, tales personas se alejaban “de la florida senda que le[s] había señalado el Creador Supremo” (57). Como se puede ver, detrás de este ensañamiento prescriptivo estaba el influjo de la moral religiosa, cuyo impacto sobre el ciudadano aventajaba a las sanciones instigadas por cualquier Código Penal del mundo. Sierra Madero precisa que esta actitud negativa

es producto de un miedo extremo a abordar la sexualidad humana desde otra perspectiva que no sea la de apuntalar los pilares de la pareja heterosexual, por lo que significa política e ideológicamente. Es el miedo a que pueda verse resquebrajado el poder masculino, a que se establezcan otras normas y conductas contrarias al orden social en que el varón heterosexual desempeña un papel hegemónico (75).

Calcagno, aunque escamotea alusiones directas a la homosexualidad femenina, no vacila en calificar de aberración, de obscenidad, las libertades que se tomó la acusada,

solitaria artífice del caso “más estrambótico, inmoral y cínico que pueda imaginarse [*sic*]” (Calcagno 170).⁸

Por otra parte, la extranjería del personaje agravó la estigmatización de un conjunto de conductas que inquietaba a la rígida sociedad biempensante. El camuflaje de la mujer, su masculinización, su ambigüedad sexual, la praxis del lesbianismo, así como el intercambio de roles de género representaban un virus al que se le achacaba unos orígenes foráneos cuya acción había que atajar en la isla caribeña para evitar el contagio masivo del cuerpo salutar de la patria.⁹ El diseño de una imagen compacta, forzosamente homogénea de Cuba pasaba entonces por la aplicación de un higienismo ortodoxo que aleccionase a la población sobre la conveniencia de no subvertir las normas sobre las que se había edificado la identidad nacional; identidad que, por culpa de excentricidades como esta, podía verse vulnerada.

José Joaquín Hernández, en su artículo de 1846, se muestra menos flexible con la idea del matrimonio entre dos seres del mismo sexo que con otro de los ejes que dinamizó la polémica a propósito de Favez: su travestismo, que tanto en los debates de la nación como dentro de la literatura de todos los tiempos suele representarse a la vez con deseo, admiración, aborrecimiento y miedo (Rose 368). En *Enriqueta Faber*, el novelista Andrés Clemente Vázquez expresa su repulsa, casi sin excepción, hacia quienes, burlándose de Dios y de la sociedad (un binomio a la sazón inseparable), traspasan las barreras de los géneros, y mucho más si se trata de hombres que se disfrazan de mujer.¹⁰ Vázquez pretende sintonizar con el espíritu de determinadas legislaciones promulgadas para reprimir estas salidas de tono. Un bando publicado en 1799 en la ciudad de La Habana amenazaba con detener a todo aquel que llevase prendas de vestir de un sexo distinto al suyo: “Si se encontrase alguno con vestido que no corresponde a su sexo, o con otro género de disfraz para confundir su persona, será arrestado hasta averiguar el fin que le conducía para la pena correspondiente a su malicia, y de contado perderá el vestido con aplicación a los pobres de la cárcel” (cit. en Pancrazio 11).

Prohibiciones de este cariz las encontramos en otras ciudades. En París, por ejemplo, una ordenanza de la jefatura de policía del 7 de noviembre de 1800 censuraba el derecho de la mujer a exhibirse públicamente en traje de varón, excepto por razones de salud, en cuyo caso se necesitaba de una autorización policial (Bard 63–4).

¿A qué obedece este recelo ante los cruzamientos vestimentarios? Posiblemente al hecho de que todo travestismo implica remover los contornos que delimitan no solo el género, sino también la clase social, la nacionalidad y la sexualidad, que se vuelven así inestables. Según indica Garber, el/la travesti es un elemento disruptor que interviene ocasionando no solo un descalabro en las nociones de la masculinidad y la feminidad, sino subrayando también la crisis de la categoría misma (17), lo que supondría un aldabonazo para la subsistencia de los regímenes culturales heteronormativos.

Ahora bien, la ansiedad generada en su contexto por la transgresión del o la travesti no es solo de naturaleza sexual. El “vestido cruzado” o, como se denomina en inglés, *cross-dressing* se inserta en la crisis que se desencadenaría al poner en solfa la capacidad de organizar el espacio cultural público, donde los bordes divisorios de los géneros han de quedar perfectamente definidos. Y contra esa nitidez predeterminada atenta la ambigua estampa de Henriette Favez, quien, al disimilar su sexo biológico bajo la indumentaria

varonil, siembra la semilla de la discordia, sin que esa osadía baste para justificar el severo castigo que recaería sobre ella.

Suiza de nacimiento y huérfana desde niña, Henriette se vistió de hombre por primera vez —en particular de mameluco— para acompañar a su esposo a las guerras de conquista napoleónicas en Alemania hasta que este murió durante una contienda; con él tendría un único hijo que falleció a los pocos días de nacer; decidió entonces estudiar medicina en Francia, donde las mujeres tenían prohibido acceder a la educación superior y ejercer la ciencia médica (por lo que se vio obligada a preservar la identidad varonil). Seguidamente, ingresó como cirujano en el ejército de Napoleón Bonaparte presenciando la catastrófica retirada de las tropas francesas de Rusia en 1812 y más tarde la localizamos inmersa en la Guerra de Independencia de España, donde es hecha prisionera por los ingleses. Por último, y sin dejar de encubrir sus atributos femeninos, emigró al Caribe, primero a la isla de Guadalupe y después a la de Cuba, lugar en el que pudo desempeñarse como “doctor” una vez realizados los trámites pertinentes.¹¹

Según James J. Pancrazio, dos factores confluyeron en la rapidez con que Favez obtuvo su nueva residencia en ultramar. Por un lado, el gobierno colonial priorizaba la inmigración blanca europea, especialmente después de las revueltas antiesclavistas acontecidas en varias zonas de Puerto Príncipe (Camagüey) y de Oriente en enero de 1812, que antecedieron a la conspiración liderada por José Antonio Aponte, un negro libre de La Habana, dos meses más tarde. De otro lado, las epidemias de viruela que durante las dos primeras décadas del siglo antepasado diezmaron la población nativa impulsaron la necesidad de modernizar los tratamientos médicos y de disponer de doctores bien entrenados en las técnicas más actuales de sanación para poder hacer frente a los problemas de la salud pública (13–4).¹²

Desde este prisma, el desenlace de los acontecimientos tal vez hubiese sido otro si Favez se hubiera afanado en administrar mejor esa pose de masculinidad que tanto la auxilió durante el trance migratorio (en otras épocas no estaba bien visto que una mujer viajase sola). Sin embargo, lejos de conformarse con fijar su residencia al otro lado del Atlántico conservando íntegra esa segunda identidad —identidad que nadie esperaba de ella— y en vez de sobrevivir discretamente con el ejercicio de la medicina tras obtener el correspondiente documento acreditativo,¹³ Henriette quiso llevar su impostura hasta el límite, desposándose, de acuerdo con la fe católica, con una humilde muchacha natural de Baracoa, que, según afirmó, ignoraba que su consorte era una mujer, aunque la demandada, al principio de su testimonio, defendiese la versión contraria. Esta vuelta de tuerca que implicó el traslado de la superchería al terreno doméstico, junto a un carácter pendenciero que le ocasionó diversas llamadas de atención por parte de las autoridades, revela lo extemporáneo de su idiosincrasia. Henriette/Enrique se presenta así como un sujeto no solo travesti, o incluso transexual, sino “nómada”, en la acepción que Braidotti le otorga al término; un sujeto que hace del desafío y de la fluidez su sistema de vida y de pensamiento. Además de desplazarse de un sitio a otro, desarrolla una conciencia crítica que se resiste a afincarse en los códigos socialmente aceptados que delimitan los planos ideológico y del comportamiento. Se cambia de traje, al igual que de identidad sexual, de nombre, de nacionalidad, de religión y de lengua, pero sin que esta retahíla de metamorfosis pueda salvaguardarla indefinidamente del peso de la ley de los hombres, que se revela implacable. Al no brillar precisamente por su mesura, sino por su temeridad,

vigilada de cerca por la gente “normal” y por los aparatos de poder instituidos, que no pasan por alto sus manifestaciones de desorden público, el individuo nómada deambula siempre en la cuerda floja, basculando entre fuerzas antagónicas que luchan por imponerse: ocultamiento versus exhibición, pulsiones femeninas versus rasgos masculinos, dialéctica entre el “querer ser” y el “deber ser”, interiorización de las estructuras preponderantes versus rebeldía...

Los primeros artículos, crónicas o semblanzas que dan noticia de su biografía (los textos de José Joaquín Hernández, Laureano Fernández de Cuevas, Ernesto de las Cuevas...), basados en declaraciones hechas durante el juicio al que fue sometida, en testimonios precedentes de dudosa fiabilidad o en la simple imaginación de sus autores, informan de aspectos contradictorios de la personalidad de la Favez, lo mismo que las tres novelas que, desde perspectivas diferentes, tratarían de escrutarla: las de Vázquez y de Francisco Calcagno, ya mencionadas, y, más cercana a nosotros, *Mujer en traje de batalla* (2001) de Antonio Benítez Rojo, además de la pieza teatral titulada *Escándalo en la Trapa*, de Juan Ramón Brene, estrenada en 2005 por la compañía Rita Montaner, o diversos proyectos cinematográficos, entre los que se cuentan el largometraje *Enriqueta o los últimos días de un hombre* (2008), de Patricia Ramos, el corto de Lídice Pérez López *Enriqueta Faber* (1998) y, de la misma realizadora, el vídeo documental *Favez* (2004).

En las primeras de estas producciones, tan pronto se la presenta como víctima de una educación defectuosa debido a su orfandad, pero también dotada de “grandeza de alma” por su empeño en ayudar al prójimo ejercitando el noble oficio de la medicina, como alguien con instintos perversos que trató de seducir a una inocente muchacha enferma de tuberculosis para que consintiese entregarse a actos amatorios contra natura.

Salvo la obra de Benítez Rojo, que, dialogando inconscientemente con las nuevas teorías del posfeminismo construccionista, cuestiona las categorías de género y suscita múltiples ambivalencias en las relaciones entre los sexos (Cuadra 225), apuntando hacia la configuración de lo que Garber, en relación con la estampa del travesti, ha llamado “tercer término” (11), las restantes ficciones, especialmente la de Calcagno, optan por soluciones más conservadoras. Tanto *Enriqueta Faber, ensayo de novela histórica* como *Don Enriqueto* abogan por el restablecimiento del orden prefijado, pese a que la obra de Vázquez disculpe la tentativa de Henriette de salirse de los lugares manidos por el estado de inercia adjudicado a la hembra históricamente. El paternalismo que desprende el tono de su discurso obedece a la comprensión de sus extravíos, que él atribuye a las escasas posibilidades laborales de la mujer y a “una educación imperfecta” (13). Sin embargo, una vez relatadas las correrías de la mujer médico desde su gestación hasta su caída final, el conflicto en la novela de Vázquez se soluciona con el arrepentimiento del personaje y con su entrada en la orden de las Hermanas de la Caridad, siguiendo las recomendaciones del Obispo Espada. En *Enriqueta Faber*, la narradora metadieética se queja por extenso de la desigualdad de los sexos: “La mujer ha sido siempre esclava, considerándosele como un mueble, como una cosa, como un objeto destinado simple y sencillamente a los placeres del sexo masculino” (Vázquez 59). Con comprensible amargura denuncia el dolor que padecen las personas de su sexo, que han “sido desgraciadas, por la persecución, el engaño o el desprecio de los hombres” (64). Por este motivo reacciona contra el mediocre destino que le aguarda y experimenta un conato de rebeldía sin medir el resultado: “La vida pasiva,

tranquila y modesta de las mujeres se avenía mal con mi carácter nervioso, intranquilo, aventurero y ansioso de contemplar espectáculos singulares. El afán de lo desconocido me seducía. Yo quería mandar, y ser obedecida. Deseaba brillar y lucir a la vez en diversas naciones” (Vázquez 106).

No obstante esas diatribas reivindicadoras que la aproximarían a Catalina de Erauso, la Monja Alférez, y a otras travestidas, los proyectos que acaricia Enrique/Henriette quedan frustrados en el último tramo de la obra, cuando cede ante el poder institucionalizado, doblegándose primero a los consejos de la autoridad eclesiástica, que la amonesta con más dureza que benevolencia, y luego al dictamen de la maquinaria forense, que no le perdona la “anomalía” que entraña su actuación.¹⁴

De sesgo más satírico pero también más reaccionario que la obra de Vázquez, es la postura de Calcagno, que se regodea en el castigo aplicado a Henriette, seguido de su expulsión de la Isla y la condena al ostracismo tanto por parte del narrador de la novela como de otros personajes históricos. Si la obra de Vázquez dramatiza la oscilante pugna entre los valores del espacio cultural hegemónico y la resistencia ante esos valores que se estiman defectuosos pero que terminan por sofocar el menor indicio de sublevación, el texto de Calcagno, en tanto en cuanto representa el punto de vista del *establishment*, propicia la necesidad de obedecer las normas preestablecidas sobre las que está fundamentado el orden social vigente. Donde Vázquez solo veía a una pobre víctima de las circunstancias sociohistóricas y culturales, Calcagno, erigiéndose en guardián de las convenciones, se detiene en la “inicua comedia” de una mujer que juzga como delincuente y de la que solo puede hablar “con repugnancia y horror” (Calcagno 170).

Estos y otros testimonios de finales del XIX, ya sea por ignorar las circunstancias completas que concurrieron en la vida de Henriette y de sus allegados, ya sea por los prejuicios que encorsetaban a ese período preindependentista en la Perla del Caribe, tienden a mistificar la biografía real del personaje. Y eso se visibiliza no únicamente en las novelas de Vázquez y de Calcagno, sino también en las contribuciones de otros analistas. A medida que los autores se distancian del tiempo en que tuvieron lugar los hechos, aparecen versiones aún menos fidedignas que adulteran muchos de los datos de los que se tiene un conocimiento objetivo o que reproducen sin saberlo los errores de reseñas anteriores. Así, en sus *Narraciones históricas de Baracoa* (1919), Ernesto de las Cuevas Morillo, al igual que hiciera más extensamente Vázquez, se inventa una conversación de Henriette con el Obispo Espada y Landa, ante el que la travestida se postra sollozando para pedir consejo y finalmente rogar el perdón de Jesucristo por la falta cometida. Se narra aquí que, si se había casado con Juana, era por el parecido físico con una hija suya que había muerto en Europa. En cuanto a Juana de León, deja de ser una moza humilde y huérfana para convertirse en una respetable dama de la sociedad criolla cuyos padres permanecen vivos en el momento en que se casa con Eduardo Chicoy en segundas nupcias. En la crónica de Cuevas Morillo, carente de base histórica, el historiador despliega un estilo retórico-folletinesco para contar que es una criada de la dama, y no la propia afectada, la que descubre por un descuido el verdadero sexo de la farsante. Tampoco es Juana la que se dirige al Juzgado de Primera Instancia para presentar la denuncia, sino un tío suyo, porque ella es demasiado cándida, virtuosa y compasiva como para causar el menor daño al peor de sus enemigos.

Aparte de las mistificaciones apuntadas y de otras que pueden localizarse en las crónicas de entresiglos, otro de los rasgos de los que se hallan penetrados estos discursos son las incongruencias, supresiones y lagunas relativas a situaciones escabrosas o comprometedoras. Reconociendo reticencias de índole moral, el mismo Calcagno admite que “de los comentarios brotaba solo una ola de cieno, y [que] la verdad quedaba siempre envuelta en hipótesis de fango” (Calcagno 169). Hernández, al aludir a la acusación de Juana, apostilla que, aunque le hubiese gustado reproducir íntegro el escrito para que se pudiesen ver al dedillo todos los motivos alegados por la querellante, rehúsa hacerlo “porque hay en él ciertas circunstancias con cuya lectura creeríamos herir la susceptibilidad de nuestras lectoras” (Pancrazio 62).¹⁵ Asimismo, en la narración de Vázquez aparece análoga pudibundez. En una nota a pie de página consigna lo siguiente:

El autor se ha visto obligado a hacer caso omiso de algunos de los incidentes que produjeron la ruptura entre la heroína de la novela y la desgraciada Juana de León, a fin de huir de las inconveniencias que se hicieron constar en el proceso respectivo. [...] lo que fuese disculpable en una revista de jurisprudencia, destinada a circular entre abogados, sería muy censurable en una novela como esta, que puede ser leída por pudorosas señoritas (Vázquez 186).

Por su parte, Calcagno remite al periódico *La Administración* a los que deseen profundizar en las causas formuladas contra Favez, y excusándose en que su contenido “no es lectura para damas”, pide disculpas por los cabos sueltos que pudieran advertirse en su novela (Calcagno 168–69). Sin lugar a dudas, dichas grietas discursivas, indispensables para preservar el principio estético del decoro, se refieren a la fabricación, posesión y distribución por parte de Henriette de simulacros de penes, de los que ella se sirvió para convencer a la gente de su feminidad, y más aun, si hacemos caso a la declaración de Juana, para mantener relaciones íntimas con su esposa.¹⁶

Ya fuese verdad o una simple disculpa para conseguir sus propósitos y, de paso, hacer leña del árbol caído, lo cierto es que el “caso Favez”, a falta de mayores detalles y por los problemas implícitos que dificultaron el poner nombre a lo indecible, se ha visto expuesto a lecturas diversas en las que cada exégeta ha proyectado concepciones, doctrinas y fantasías propias y extrañas, tanto individuales como colectivas, que le han venido bien para sustentar sus alegatos; ideas por lo general transmisoras de los estereotipos culturales prototípicos de la visión del mundo heterocentrista, falocéntrica y católica imperante durante esa etapa específica de la historia.

Del itinerario del doctor-hembra (sin excluir las ficciones realizadas en las últimas décadas), de la amalgama de certezas e invenciones que se entrelazan en las indagaciones acometidas a partir de 1846, con José Joaquín Hernández a la cabeza, se extrae la injerencia de lo andariego y de lo metamórfico como marcas existenciales de la heroína, el apremio de una ruta camaleónica sin anclajes sólidos que la fundamenten. De vocación transgresora, alma escurridiza y viajera, Favez interpeló (algo más que en intención) al amor sáfico en un entorno homófobo y catolicista y a la insignia del travestismo como urgentes tablas de salvación que la mujer de la época —relegada todavía al mísero estatus de “ángel del hogar”— estaba llamada a utilizar para evadir la rigidez de un orden social y jurídico

patriarcal demoledor. Semejantes licencias no le perdonó casi nadie. El profesor Laureano Fernández de Cuevas, en un texto de 1860 publicado en el periódico *La Administración*, expuso: “Enriqueta es un vivo ejemplo de lo que es la mujer sin esa educación moral propia y conveniente a su sexo, si ha nacido pobre, destituida de belleza pero dotada de raro talento, con pasiones fogosas, con un carácter sumamente varonil y con una propensión tan irresistible a un arte como el de la cirugía” (Pancrazio 55).

Adelantándose apenas cuatro años a las teorías de Karl Heinrich Ulrichs sobre el “tercer sexo”, *anima muliebris virili corpore inclusa* (un alma de mujer atrapada en un cuerpo de hombre),¹⁷ a la hora de describir la identidad homosexual de Henriette agregaba Fernández de Cuevas un diagnóstico similar al del activista germano, pero invirtiendo los términos y la consideración de los mismos: así como Ulrichs divisaría en el homosexual varón una psique femenina atrapada en un cuerpo de hombre, el intelectual cubano llegó a ver en la fémina travestida “el espíritu de un hombre encerrado en el cuerpo de mujer” (Pancrazio 55) o, como expresaría también muchos años después Francisco Calcagno en su novela, la naturaleza “había vaciado en molde de hembra el espíritu de un pillo macho” (146).¹⁸

Sea como fuere, en las subversiones que disgustaron a sus contemporáneos, en la agenda migratoria del personaje, en su nomadismo, en sus logros transitorios y sucesivas derrotas, en el naturalismo de sus primeras ficcionalizaciones no solo aparecen involucradas problemáticas que atañen a la representación textual de la ecuación sexo-género, libre de binarismos reductores, o a la fluidez de identidades intermedias, cambiantes, o “difíciles”, según el calificativo de Grosser, en contextos sociohistóricos determinados como los referentes a la sociedad hispánica y caribeña de la primera mitad del siglo XIX, sino que intervienen también elementos geográficos, espaciales, trasnacionales, además de culturales y raciales, que complejizan la hermenéutica del fenómeno, haciendo de la acusada, en tanto que mujer singular y emigrante, un campo minado por los saberes de la alteridad, y de su vida errática, transformista, un espejo cóncavo en el que poder reflejar aquellas imágenes y subjetividades alternativas capaces de diversificar y descentrar el paisaje monolítico de la nación emergente.

Notas

¹ Acuñado por Benedict Anderson, el concepto de “comunidad imaginada” sostiene que una nación es una comunidad construida socialmente, imaginada por las personas que se perciben a sí mismas como parte de ese grupo.

² González Pagés (“Género y masculinidad...”) ha indagado en la construcción histórica de distintos modelos de masculinidad en la nación cubana que no encajaban dentro de la virilidad criolla convencional, entre los que se hallaban diversos ejemplos de homosexualidad.

³ En los documentos registrados en Cuba figura escrito el apellido de Henriette de varias maneras: Faber, Fabes, Faver, Faves, Fabe y Fabert, entre otras. Aunque Andrés Clemente Vázquez en su novela defiende la forma “Faber” como la auténtica, en nuestro días el historiador González Pagés ha llegado a la conclusión, tras intensas investigaciones y consultas a paleógrafos y genealogistas tanto cubanos como suizos, de que la variante que mejor se acerca al apellido original es Favez (*Por andar* 31), razón por la cual esta es la que adoptamos en nuestro trabajo.

⁴ La segunda edición de la novela de Calcagno, de 1897, se tituló *Un casamiento misterioso (Musiu Enriqueto)*. Ya mucho antes de 1895 el mismo autor se había interesado por las andanzas de Henriette Favez en su *Diccionario biográfico cubano* (1878).

⁵ El concepto de “heteronormatividad”, que le debemos a Michael Warner, denota un proceso por el cual las instituciones y las políticas sociales refuerzan la idea o creencia de que los seres humanos están divididos en

dos categorías distintas. Consecuencia directa de esta propuesta es el convencimiento de que estos dos sexos (o géneros) existen con el objetivo de complementarse mutuamente, y así todas las relaciones íntimas deben producirse entre hombre y mujer.

⁶ Ese es el año en que acuñó el término “homosexualidad” el periodista austrohúngaro Karl-Maria Kertbeny, si bien fue el libro *Psychopathia Sexualis* (1886) de Richard Freiherr von Krafft-Ebing el que lo popularizó.

⁷ Refiere García Valdés que en España el Código Penal de 1822 suprimió de sus preceptos el delito contra natura, aunque la Novísima Recopilación los volvió a contemplar inmediatamente después. Solo con el Código de 1848 dejaría de aparecer como infracción penal específica (80).

⁸ Este pedagogo e intelectual cubano, defensor del abolicionismo, desarrolló una extensa labor literaria que no sobrepasó mucho por sus cualidades artísticas. El periodismo fue otra de sus grandes pasiones. Su producción, que traza un arco que va desde el Romanticismo hasta el Naturalismo, comprende títulos como *Historia de un muerto y noticias del otro mundo* (1875), *Uno de tantos* (1881), *Los crímenes de Concha* (1887), *En busca del eslabón* (1888), *Las Lazo* (1893), *S. I.* (1896) o *El emisario* (1896).

⁹ Emilio Bejel observa que a finales del XIX el nacionalismo cubano llegó a culpar a los inmigrantes (sobre todo, españoles, africanos y chinos) de los “vicios” sexuales en la sociedad (1).

¹⁰ La incursión en la literatura de Vázquez fue más irrelevante que la de Calcagno. Bachiller en Filosofía y Letras, posteriormente Licenciado y por último Doctor en Derecho por la Universidad de La Habana, su actividad profesional se desarrolló esencialmente en el campo de la jurisprudencia, disciplina sobre la que escribió diversos libros. Consumado ajedrecista, durante su exilio voluntario en México por su oposición al autoritarismo español colaboró en la prensa periódica del país azteca (*El Siglo XIX*, *El Federalista*, *El Nacional*...), introduciéndose también en la política y en la carrera diplomática.

¹¹ No fueron la homosexualidad y el fingir una pertenencia al sexo masculino los únicos delitos de los que se acusó a Favez. Otros no menos gravosos fueron perjuicio, falsificación de documentos, soborno, incitación a la violencia, práctica ilegal de la medicina, estupro y, como ya hemos indicado, atentados contra la institución del matrimonio.

¹² Favez fue la primera mujer médico en Cuba. Para más detalles sobre la presencia de la mujer en la medicina isleña, véase el recorrido histórico que brinda Delgado García.

¹³ Para conseguir este certificado, los aspirantes a cirujanos, barberos, boticarios y parteras tenían que examinarse ante el Real Tribunal del Protomedicato, establecido en Cuba en 1634 y que cerró sus puertas en 1833 para ser sustituido por la Junta Superior Gubernativa de Medicina y Cirugía y después, en 1842, por la Universidad de La Habana, la única institución en la Isla a la que se le adjudica capacidad legal para expedir títulos de bachilleres, licenciados y doctores en medicina y farmacia, flebotomianos, callistas y comadronas y para homologar títulos extranjeros de médicos, farmacéuticos y dentistas.

¹⁴ A diferencia de Ivonne Cuadra, que detecta en la novela de Vázquez una lectura ideológicamente conformista al exaltarse lo femenino y tratar de (in)vestir al personaje histórico de las propiedades que harán posible la reimplantación del orden (224), otra crítica, Marta Rojas, insiste en el mensaje feminista de la obra (párr. 13). En su libro *Médicos y medicina en Cuba: historia, biografía, costumbrismo* (1964), Emilio Roig de Leuchsenring catalogó a Favez de “pionera del movimiento feminista triunfante ya en casi todo el mundo y felizmente en nuestra patria” (Pancrazio 156). Así fue considerada ya esta obra desde el instante preciso en que sale a la luz pública. Los editores de *El Figaro*, que habían publicado poco antes en las páginas de este periódico habanero uno de los capítulos de la novela, declaran, como simpatizantes de la causa feminista, que la voluntad del autor es “defender la absoluta igualdad de derechos entre ambos sexos, para que las mujeres no tengan la necesidad de *vestirse de hombre*” (Vázquez 5–6).

¹⁵ La relación de José Joaquín Hernández es reproducida sustancialmente por Fernández de Cuevas en *La Administración, periódico jurídico, administrativo y rentístico*. Todas las citas del texto de Hernández provienen de la versión recopilada por Pancrazio.

¹⁶ El licenciado José Rodríguez se refería el 24 de abril de 1823 al “sacrilegio cometido por la Favez de haberse bautizado y casado en la ciudad de Baracoa con Juana de León, tomando para ello el disfraz de hombre con el cual consiguió también engañar al Protomedicato de La Habana recibéndola de médico, y lo que es más horroroso haber usado de la León con un fingido instrumento muy extraño de su sexo” (cit. en González Pagés, *Por andar* 62). Fueron varias las mujeres que en el pasado se sirvieron de semejantes artilugios para hacerse pasar por varones en el lecho: Elena/Eleno de Céspedes, Mary/George Hamilton, Nicholas de Raylan, Teresinha Gomes o Dorothy Lucille/Billy Tipton, entre otras.

¹⁷ En los cinco panfletos que publicó entre 1864 y 1865 con el nombre colectivo de *Forschungen über das Räthsel der mann männlichen Liebe*.

¹⁸ En *Don Enriquito*, novela en la que la lectura en torno al sexo y al género dista de prefigurar las teorías actuales desarrolladas por el feminismo, se formula la siguiente pregunta: “¿es realmente hembra la mujer que hombrea?” (Calcagno 146). En el terreno literario, la protagonista de la novela que Gautier publicó entre 1835 y 1836, *Mademoiselle de Maupin*, hablaba ya de que pertenecía a un “tercer sexo” por la simbiosis entre el cuerpo y el alma de una mujer y el carácter y la fuerza del hombre que se operaba en ella (333). Para la travestida francesa, ese sincretismo de aspectos contrapuestos, en vez de constituir una ventaja, la hacía desgraciada, puesto que le impedía encontrar un hombre convencional al que unirse.

Obras citadas

- Anderson, Benedict. *Comunidades imaginadas: Reflexiones sobre el origen y la difusión del nacionalismo*. Trad. Eduardo L. Suárez. México, D. F.: Fondo de Cultura Económica, 1993. Impreso.
- Bard, Christine. *Historia política del pantalón*. Trad. Nuria Viver Barri. Barcelona: Tusquets, 2012. Impreso.
- Bejel, Emilio. “Antecedentes de la homofobia cubana contemporánea.” *Otro Lunes* 6 (2006): 1–3. Web. 10 nov. 2013 <<http://otrolunes.com/archivos/06/html/este-lunes/este-lunes-n06-a01-p01-2009.html>>; <<http://otrolunes.com/archivos/06/html/este-lunes/este-lunes-n06-a01-p02-2009.html>>; <<http://otrolunes.com/archivos/06/html/este-lunes/este-lunes-n06-a01-p03-2009.html>>.
- Braidotti, Rosi. *Sujetos nómades: Corporización y diferencia sexual en la teoría feminista contemporánea*. Trad. Alcira Bixio. Buenos Aires: Paidós, 2000. Impreso.
- Calcagno, Francisco. *Don Enriquito: Novela histórica cubana*. La Habana, 1895. Impreso.
- Cuadra, Ivonne. “Entre la historia y la ficción: el travestismo de Enriqueta Faber.” *Hispania* 87.2 (2004): 220–226. Impreso.
- Delgado García, Gregorio. “Presencia de la mujer en la historia de la medicina cubana.” *Boletín Científico del Consejo Nacional de Sociedades Científicas de la Salud* 6 (2010): 1–11. Web. 19 nov. 2013 <<http://files.sld.cu/boletincnscs/files/2010/06/respubdr-gregoriopresencia-de-la-mujer-en-la-historia-de-la-medicina.pdf>>.
- Dijk, Teun A. van. “Ideología y análisis del discurso.” *Utopía y Praxis Latinoamericana* 29 (2005): 9–36. Impreso.
- Garber, Marjorie. *Vested Interests: Cross-Dressing and Cultural Anxiety*. New York: HarperPerennial, 1993. Impreso.
- García Valdés, Alberto. *Historia y presente de la homosexualidad*. Madrid: Akal, 1981. Impreso.
- Gautier, Théophile. *Mademoiselle de Maupin*. Trad. Carlos de Arce. Barcelona: Random House Mondadori, 2007. Impreso.
- González Pagés, Julio César. “Género y masculinidad en Cuba. ¿El otro lado de la historia?” *Nueva Antropología* 18.61 (2002): 117–126. Web. 2 sept. 2008 <<http://www.juridicas.unam.mx/publica/librev/rev/nuant/cont/61/cnt/cnt6.pdf>>.
- . *Por andar vestida de hombre*. Ciudad de La Habana: Editorial de la Mujer, 2012. Impreso.
- Grosser, Alfred. *Las identidades difíciles*. Trad. Godofredo González. Barcelona: Bellaterra, 1999. Impreso.
- Pancrazio, James J., ed. *Enriqueta Faber: travestismo, documentos e historia*. Madrid: Verbum, 2008. Impreso.
- Rojas, Marta. “Enriqueta Faber, ‘la mujer hombre’ o ‘el médico mujer’.” *La Jiribilla* 122 (2003). Web. 2 sept. 2008 <http://www.lajiribilla.cu/2003/n122_09/122_10.html>.
- Rose, Mary Beth. “Women in Men’s Clothing: Apparel and Social Stability in *The Roaring Girl*.” *English Literary Renaissance* 14.3 (1984): 367–391. Impreso.
- Sierra Madero, Abel. “Sexualidades disidentes en el siglo XIX en Cuba.” *E. I. A. L.* 16.1 (2005): 67–94. Impreso.
- Vázquez, Andrés Clemente. *Enriqueta Faber: ensayo de novela histórica*. La Habana, 1894. Impreso.
- Warner, Michael. Introduction. *Fear of a Queer Planet: Politics and Social Theory*. Ed. Michael Warner. Minneapolis: U of Minnesota P, 1993. vii–xxx. Impreso.